

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Cartas sobre la educacion*, por D.^a Angela Grassi.—*La decima Musa*, por D.^a Micaela de Silva.—*La flor de mi cariño* (poesia), por D. A. F. Grilo.—*Teatros*, por don Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 827.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patronos*.

REVISTA DE MODAS.



A MODA fluctúa indecisa entre sus creaciones de otoño. Necesita que avance un poco la estacion, que el pálido sol de Octubre reemplace al abrasador de Agosto, y al vario de Setiembre, para adoptar un carácter definitivo. Mucho tememos, sin embargo, que no pierda el carácter escéntrico que hoy tiene. La enfermedad no está curada, y aunque sus síntomas se presentan menos alarmantes, son casi tan frecuentes: siempre la misma fiebre de hacerse visible y marcarse por su originalidad!

El uso del traje corto para calle, moda que puede anunciarse ya como establecida, contribuirá no poco al sostenimiento de esos trajes de capricho que tienen tanta analogía con un disfraz: estamos en cambio seguros de que la Moda guardará su digna severidad para los salones, aunque conserve la graciosa coquetería de los trajes de campo para la calle. Esto será no prescindir de ninguno de sus atractivos!

Anúnciase que alcanzará gran favor para los trajes cortos el vestido negro, noticia que no dudamos será acogida con placer por toda señora verdaderamente elegante: el traje de seda negro corto, sirve sobre falda de cualquier color, quita gran parte de su chocarrería á este atavío de encontrados adornos, y tiene la gran ventaja de su conservacion, inconveniente único que antes tenia el llevarle arras-trando. Todos los vestidos de otoño que se están confeccionando para calle, se hacen cortos y negros, ondeados ó lisos, sobre falda grana, azul, viole-

ta, etc. Con este color juegan todos los demás. El vestido negro será este año el vestido generalizado en todas las clases.

Con él alternará de seguro el traje de medio color, siempre aceptable en todos los géneros y hechuras. El medio color es en la Moda lo que el otoño entre el verano y el invierno, lo que el crepúsculo entre la sombra y la luz.

Para este efecto, recomendaremos á las damas de reconocida elegancia un vestido *veneciano*, gris tierra, adornado de bieses de tafetan negro y tafetan grana. (*Figurin núm. 827.*) Compónese este caprichoso traje de dos faldas, la mas interior recortada en almenas orilladas por un biés negro y otro encima grana, mas estrecho, con un volantito tableado debajo de las almenas ó dientes: la de encima es lisa, con tres bieses negros y uno grana entre el primero y segundo, completando el traje un paletot largo y casi ceñido, abrochado con patas negras en todo su largo, encerradas en dos bieses grana y negro, que bajan desde el hombro en delantal ó escapulario. Una golita blanca y un cordon grana con borlas, adornan el cuello, debiendo acompañar á este traje, que recomendamos todavía para paseos por el campo, un sombrero Tireis de paja, redondo, con lazos de terciopelo grana y cinta negra, que sigue en lazadas alrededor de la copa, terminando en cabos flotantes.

Con esta clase de trajes, alternarán, para paseo y visita, los de falda lisa y prolongada cola, género harto distinguido para que no figure siempre en primer término.



Nada mas á propósito para traje de otoño que un vestido sotana de grós de París, color de violeta (*Figurin citado*), de falda lisa y de estensa cola, adornado únicamente por dos grandes lazos, uno en cada bolsillo, cuyas puntas anchas se prolongan casi hasta el término de la falda, concluyendo en puntas con borlas de seda; estos lazos son de grós mas oscuro, y dos bieses del mismo bajan desde el cuello figurando chaqueta-figara solo por delante, repitiéndose bieses iguales en el hombro y bajo de la manga, que es casi justa. El sombrero que debe acompañar á tan distinguido traje, es de forma *fanchon*, de tul blanco con cinta malva, que sirve de bavolet y bridas, completando su adorno un *echarpe* de tul blanco sujeto con rosas thé.

Tiempo hace que no nos ocupamos de las niñas, verdaderas flores del vergel de la humanidad, y hoy les recomendaremos un traje de muselina blanca, de cuerpo cubierto por plieguecitos, y manga justa, con la falda muy corta y sin vuelo apenas por arriba, terminada en grandes picos orillados de cinta azul: completa su largo un volante de la misma muselina. Cinturon azul, botones azules en el cuerpo, y lazos de igual color en los hombros, adornan este traje infantil, al que debe acompañar un gorrito húngaro redondo, de paja, con trenza al borde de tafetan azul, y esprit de paja.

Ahora, como accesorios de la estacion, diremos que los fabricantes discurren medios de imprimir novedad á sus confecciones por los adornos, ya que no por las hechuras, y al efecto introducen para alternar con los bordados y flecos de cuentas, género

que obtiene siempre gran éxito, los bordados en aplicaciones de cachemir de distintos colores, invencion que permite la variedad hasta el último límite. En las faldas interiores, en las exteriores, en los abrigos, en todas las prendas, en fin, de vestir se aplican sembrados de mariposas, de pájaros, de flores, recortados en cachemir ó terciopelo, y cosidas á la tela á punto ruso; sistema harto conocido para las lectoras del Correo. ¡Qué campo tan extenso se abre al buen gusto con este género de adornos! ¡Cómo rivalizarán para producir lindas creaciones el ingenio y la laboriosidad! Sin contar con que puede ser hasta cuestion de economía el utilizar en aplicaciones algunas prendas de terciopelo ó de cachemir inservibles en su forma primitiva.

Son tambien accesorios importantes de este medio tiempo, desigual y frio en sus mañanas y noches, los abrigos ceñidos al talle y con capucha, para los que se prefiere el paño rizado ó astracan, generalmente de mezcla blanca y negra para calle, y grana y blanco si se destina á trajes de campo. Estos sencillos paletots no admiten mas adornos que cordones con borlas, que sujetan del cuello el abrigo, y se repiten en el hombro y la capucha.

La lencería vuelve á dispensar sus favores al valencienno, un momento postergado al encaje Cluny. Hoy comparten ambos sus favores, y contribuirán unidos á realzar los cuellos, chambras, cofias, y demás prendas de lencería en el próximo invierno.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

LAS CUATRO MAJESTADES.

I.

Hé aquí, mis queridas niñas, el cuento que me habeis pedido:

En las fértiles comarcas de Esclavonia, y á orillas del Danubio, que es un rio muy caudaloso, nació hace muchos, muchos años, mi heroína.

Habitaba en un palacio de pórfido y oro, y eran de oro, perlas y diamantes todos los objetos destinados á su uso. Los trajes que llevaba eran de rica púrpura bordada con piedras preciosas, y cien servidores se hallaban siempre dispuestos á servirla de rodillas, y á satisfacer el menor de sus caprichos.

Pero Alisia debía el sér á una madre cristiana, y en medio de su esplendor, se mostraba dulce, modesta y compasiva.

Sobre todo, compasiva: no habia infortunio que ella no remediase; no habia lágrimas que ella dejase correr con estóica indiferencia.

Contaban que un dia, siendo muy niña, habia hallado á un niño moribundo debajo de un árbol. El infeliz habia ido al bosque por leña, con cuyo producto mantenía á su madre viuda, y á sus tres hermanitas pequeñuelas, y le habia mordido una serpiente.

Alisia mandó á sus servidores que le trasladasen á palacio, veló á la cabecera de su lecho dia y noche, y cuando espiró, le hizo la solemne promesa de ser el apoyo de su desdichada familia.

Y Alisia cumplió su promesa; desde aquel dia, la ma-

dre de Odin fué su madre, fueron hermanas suyas sus hermanas.

Transcurrió el tiempo: pero ¡ay! que no siempre está sereno el cielo, ¡ay! ¡qué la felicidad terrestre es una flor que se marchita pronto!

En un aciago día, bajó de los montes una tribu salvaje, que entrando por las vastísimas tierras que poseía su padre, lo llevó todo á sangre y fuego, y su padre, que tanto amaba la paz, se vió en la dura precision de esgrimir las armas, y oponer la violencia á la violencia.

Hacia ya tiempo que Alisia carecía de madre. Alisia vió partir al autor de sus días bañada en llanto, y en el llanto y en el dolor pasó las largas horas hasta que brilló la de su victoria y su regreso.

Entonces, acompañada de su ayo, el fiel Nereo, salió á esperarle hasta la avenida del palacio; pero aun no se había sentado á la sombra de un árbol centenario, cuando oyó llena de espanto los ecos de una música lúgubre, y vió que se adelantaban lentamente cien guerreros, trayendo en una urna, cubierta con negros velos, las cenizas de su señor, muerto á traición despues de haber alcanzado la victoria.

¡Cómo espresar el desconuelo de Alisia, el desconuelo de sus amantes servidores!

Al anochecer de aquel funesto día depositaron la urna en un soberbio mausoleo, en el centro de un bosquecillo, en donde dormía el sueño eterno la esposa del héroe sin fortuna!

A pesar de las súplicas de Nereo, Alisia quiso ir sola durante la noche al bosque de cipreses, para ofrecer un tributo de lágrimas á las sombras venerandas de sus padres.

Se fué triste y llorosa, y volvió tranquila y resignada, trayendo sobre su hombro un pájaro de hermosísimo plumaje.

Había hallado á aquel pájaro misterioso inmóvil sobre la cúspide del mausoleo lanzando tristes y lastimeros quejidos; pero, ¡cosa extraña! así que ella se hubo arrodillado sobre el mármol de la tumba, el pájaro descendió lentamente de su pedestal, yendo á posarse en su hombro, y prorumpiendo en un canto tal de suavidad y dulzura, que el dolor de la pobre niña se convirtió en tristeza santa é inefable.

Al volver á su aposento, Alisia lo puso en una jaula de oro, y se tendió en el lecho.

Dormía ya, cuando entre sueños creyó oír el canto del pájaro; pero no ya suave y melodioso, sino aterrador y lúgubre.

Despertó.

El pájaro, en efecto, gemía, como si la llamase para evitarla de algun peligro, y fué muy grande su espanto al ver que la estancia estaba iluminada por un resplandor rojizo, y al oír un confuso estruendo, como si el palacio se desplomase sobre sus cimientos.

Corrió á la ventana.... ¡Una multitud de hombres, cubiertos de pieles de osos, y llevando en una mano la tea y en la otra un puñal, recorrían los patios, degollando á cuantos encontraban al paso, é incendiando aquellas maravillas arquitectónicas, asombro de los viajeros.

Alisia retrocedió hasta el centro del aposento, cubriéndose el rostro con las manos.

En aquel instante se abrió una puerta secreta, y entró Nereo.

—Pronto, pronto, dijo arrastrándola consigo, los enemigos están ahí...

La niña le siguió despavorida. Pero aun no hubo dado diez pasos por la galería, cuando gritó desolada:

—¡El pájaro! ¡mi pájaro!

—¿Qué importa? exclamó Nereo.

—¡Yo no puedo abandonar al que me ha consolado en mi amargura!

—¡Un instante de tiempo perdido, y no hay salvacion posible!

—¡Dios no protege á los ingratos!

Y rápida como el pensamiento volvió á su habitacion la niña, cogió al pájaro entre sus brazos, y corrió á reunirse con Nereo.

Salieron del palacio...

La noche era muy oscura... No fueron vistos.

Cuando la aurora brilló en el cielo, estaban ya muy lejos de aquellos sitios, en donde la huérfana había oído que la llamaban hija!

Anduvieron muchos días y muchas noches al través de bosques espesísimos, exhaustos de hambre y de sed, rendidos de fatiga.

El pájaro no los abandonaba nunca, ya posándose sobre el hombro de Alisia, ya volando en línea recta para mostrarles el camino, ó revoloteando en torno de su cabeza para infundirles aliento...

¡Una noche los dos viajeros se acostaron sobre la húmeda yerba, pero Nereo se durmió y no despertó!

¡No despertó en todo el día siguiente; estaba muerto!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA DÉCIMA MUSA.

Hasta mediados del siglo actual, un territorio de los mas pintorescos que pueden verse, había logrado escapar á las pesquisas de los viajeros; sus bosques seculares, sus claros rios,

sus incultos valles, no veían, como las márgenes del Rhin, caer todos los años las turbas de curiosos que por el verano andan á pesca de impresiones y recuerdos de viaje. Su poesía era una flor silvestre que nadie se cuidaba de recoger. Si alguna de nuestras lectoras siente deseo de cogerla, váyase á Francia, y averigüe, si puede, hácia qué parte se halla el

pueblo de San Gabriel. Pero le advertimos que se dé prisa, porque la civilización avanza, y aquel país ya perdiendo su primitiva sencillez. Baste decir que ya, en lugar de las crónicas y leyendas que se narraban al amor de la lumbre, se leen, y hasta se comentan, los periódicos, sus artículos de fondo y sus picantes folletines. Por último, lectoras, sabed, y esto es pasmoso, que aquella tierra virgen ha producido nada menos que una Musa. ¡Ella! que solo producía centeno y hortalizas.

Oid su historia, y si, como yo teneis afición á la poesía y gusto en cultivarla, cultivadla enhorabuena, pero sin haceros ilusiones, porque la poesía no á todos conduce al templo de la gloria, y á muy pocos allana el camino de la fortuna. Escarmentemos en cabeza de la heroína cuyas aventuras nos resfiere uno de sus paisanos, poco mas ó menos, en los términos siguientes:

Una deliciosa tarde salí de *** con dirección al pueblo de San Gabriel: iba solo, en la tartana que por lujo lleva el nombre de *diligencia*. El conductor ocupaba su asiento; caminábamos al paso de la mula mas remolona que yo he visto, y eso que se llamaba *Corcilla*; mejor la hubiera convenido el nombre de golosa, puesto que á cada paso deteníase á ramonear la yerba ó los retoños; el mayoral no se cuidaba de arrearla, ni yo de advertírselo. ¿Para qué? Así podía mejor saborear el gusto que se siente á vista de un paisaje delicioso y querido, y aquel, para mí tenía el doble atractivo de la hermosura y el interés que inspiran los recuerdos de la edad primera. Embebido en ellos iba, cuando sin saber cómo, ¡zás! la tartana pegó un vuelco, y halléme haciendo gimnasia dentro del malhadado vehículo, del cual salí bufando y resuelto á pegar con el torpe calese-ro, que por descuido me habia espuesto á morir con la cabeza estrellada en lo más llano del camino. Pero mi justa cólera se trocó en lástima cuando le ví levantarse mohino y cabizbajo diciendo: —Perdonadme, señor.

—¡Hombre de Dios! le dije: ¿Dónde teníais la cabeza? Miróme como atontado, y no me contestó; pero ví sus ojos llenos de lágrimas. Era un muchacho que á lo más podría tener veinte años, y de tan agraciada y simpática fisonomía, que me ganó la voluntad, y en vez de reñirle, ayúdole á levantar el vehículo, diciendo: —Por fortuna, hemos librado bien, y podemos continuar nuestro camino.

—Caballero, me dijo vacilando; servíos de la tartana y tomad el látigo; el camino es llano y derecho, en llegando á la primera encrucijada, tomad á la izquierda, y á poco trecho vereis la torre del lugar: la *Corcilla* es un animal de buena ley, y sin que nadie se lo mande, se detendrá junto á la puerta de la mejor posada. Si el dueño pregunta por Silvano, decidle que...

Un sollozo le cortó la palabra, y no pudo continuar.

—¡Y bien! ¿qué le voy á decir? preguntéle yo por ver qué objeto era el suyo.

—Decidle, contestó lloriqueando, que Silvano ha muerto... Porque voy á tirarme al río, y no sé nadar.

—¿Estais loco? ¡Suicidarse! A vuestra edad la vida es muy amable!

—Para mí, no señor, y si no me la he quitado ya, es porque soy un gallina. Quise ayer pegarme un tiro, y tuve mie-

do á la pistola. ¡Soy muy desgraciado, sí, señor, muy desgraciado!

—¡Vaya hombre! todo mal tiene remedio, menos la muerte. ¡Qué diantre! Ya se remediará vuestra desgracia!

—No, señor, mi desgracia es irremediable. ¡Ya va de cinco!

—¿Cómo de cinco? ¡No comprendo! Esplicáos; ¿de qué me hablais?

—Del vuelco, señor. Esta es la quinta vez que se ha volcado la diligencia en esta semana. Me preguntábais hace poco que dónde tenía la cabeza. ¿Acaso lo sé yo? Yo nada sé ya si no cometer una torpeza tras otra. Cuando mi amo sepa que tambien hoy he volcado, me despedirá de su casa, como tres y dos son cinco.

—Pero, ¿cómo lo ha de saber, si vos mismo no se lo decís? Por aquí no pasa un alma...

—Es decir, que vos no me descubrís? ¡Gracias, mi buen señor, gracias! Pero mañana me sucederá lo que hoy, y mas vale concluir de una vez.

Trabajo me costó sosegarle, pero al fin, lo conseguí á fuerza de reflexiones y preguntas, que me pusieron al cabo de su historia, que, como él decia, era toda una novela. Dejaremos que sea él mismo quien la cuente á nuestras lectoras.

—Yo nací en San Gabriel; mis padres eran muy pobres, y me dejaron huérfano á la edad de tres años. Mr. y Madame Vaillant, que son unos benditos, me recogieron en su casa, me alimentaron y asistieron lo mismo que á sus hijas. Eran dos, una de mi edad, y otra mas pequeña. Los tres nos queríamos como buenos hermanos, juntos crecimos, y yo, pobre huérfano, quise pagar á mis bienhechores lo mucho que les debía, y apenas cumplí doce años, me dejé de juegos, y dije: Mr. Vaillant, confiadme la tartana, y ya vereis si sé portarme como buen mayoral. Y en efecto, el amo hizo la prueba, y no tuvo por qué arrepentirse, porque á pesar de mis pocos años, cobré fama en veinte leguas á la redonda. Ya se vé, yo entonces era un muchacho mas vivo que la pimienta, y á todos les caía en gracia. ¿Lo creereis? Ninguno de mi oficio me ganaba en eso de bajar una cuesta peligrosa ó evitar un mal paso. Era de ver lo tieso que iba yo en mi pescante, como un rey sobre su trono, y con mas orgullo que todas las cosas. La Corza corria que volaba, sobre todo, á la vuelta. Ya se vé, los dos teníamos afán de volver al pueblo. Ella por amor al pesebre, y yo por ver á mis hermanas, que salían á esperarme junto á la fuente, y apenas divisaban la diligencia, corrian, agitando en el aire los pañuelos, y yo sacudía el látigo, y en un verbo me plantaba junto á ellas: si no venian pasajeros, subían en la tartana, y no quiero decir si entraba yo poco hueco en el pueblo llevando como en triunfo á las dos mejores chicas del lugar. Porque María y Elena son á cual mas lindas. Yo hubiera jurado que á las dos las queria por igual, y eso que con María me hallaba mas á gusto, es decir, menos corto; la otra me imponía cierta sujeción; su vista me atorolaba, y sin saber por qué, poníame colorado; esto me hacía sospechar que la queria un poco menos que á su hermana, y era todo al contrario; quería la mucho mas, solo que la queria de otra manera.

Una tarde, al volver de la villa, no encontré á mis her-

manas en el camino, y sin saber por qué, me dió mala espina. Corrí á la casa, y encontré á la familia que se hallaba reunida en el cuarto de la madre.

Mad. Vaillant y María estaban sentadas á un lado de la chimenea; el señor Cura enfrente, y apoyado en su baston de puño de oro, parecia reflexionar. Elena, de pié junto á una silla, lloraba en silencio. Su padre daba paseos á lo largo de la sala: de vez en cuando, se paraba y decia: «Todo sea por Dios.»

—Démosle gracias, respondíale su mujer. ¡Es preciso, es preciso conformarse con lo que Dios ha dispuesto!

Comprendí que algo serio pasaba, y acercándome á Elena, la dije: —¿Qué hay? ¿Por qué lloras?

Entonces la pobre chica rompió á llorar con mas fuerza, y sus lágrimas me llegaron al corazon; en aquel momento comprendí lo que pasaba en él.

—¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Por qué llora Elena? preguntaba yo fuera de mí.

Entonces supe lo que habia pasado en aquel maldito dia. Elena era una malva, pero todos decian que tenia mucho ingenio: á los diez años era un pozo de ciencia. Desde muy pequeñita mostró grande aficion á los libros. Mr. Zefirin se los prestaba. Mr. Zefirin es un maestro de baile que hace algunos años vino al pueblo; compró en él casa y hacienda, y hoy dia vive de sus rentas como un señor. Éste, como digo, prestaba sus libros á Elena, y ella leía; leía de modo que, como he dicho, á los diez años sabia mas que saben otras á los setenta, como que al dedillo contaba los reyes de Francia, y hablaba de Clodoveo y Pharamundo, como si los conociera, de igual modo que yo conozco al señor Cura... Si es de fábulas, no quiero decir. Mas de cuatro veces me tuvo embobado relatándome las *del Lobo y el Cordero*, la *del Cuervo y la Zorra*, y otras muchas... Y luego, como era tan graciosa, y contaba las cosas de una manera que parecia estarlas viendo, á todos se nos caia la baba. Su padre frotábase las manos, y decia: —¡Es mucha criatura esta! Su madre no cabia en el pellejo, y no sé como un dia no reventó como la rana cuyo trágico fin nos contaba su hija.

Yo, á decir verdad, no las tenia todas conmigo; siempre oí decir que los chicos que saben mucho se malogran, y mas de una vez lloré pensando en que podria morir, y razon tuve para llorar. Sí, señor, porque para mí ¡cómo si hubiera muerto!

Y mientras esto decia, dos lágrimas rodaban por sus mejillas; sacó el pañuelo y enjugólas, tragó la saliva con esfuerzo, y continuó diciendo:

—Por entonces vivia en estos contornos una Marquesa, que Dios haya perdonado. La tal señora oyó las alabanzas que todos hacian de Elena, y quiso verla y oirla. Lleváron-sela, y quedó la buena señora prendada de su talento y hermosura. Esto nada tenia de particular, pero la tarde aquella de que os hablo, mientras yo, bien ageno de lo que me aguardaba, corria y chasqueaba el látigo para redoblar el paso de la Corza, un gran coche se paró á la puerta de la Hostería del Cisne, bajó del coche una señora, vestida de modo que parecia una Princesa, y entró preguntando por Mr. Vaillant; éste, como no tenia costumbre de recibir tales visitas, aturdióse y no sabia cómo arreglar su blusa, de modo que pareciese menos mal; lo menos se le figuró que

tenia delante de sí á la reina del Perú, y todo se le volvía saludos y reverencias, sin acertar á decirle una palabra. Elena bajó al encuentro de su bienhechora, como ella la llamaba, y con un despejo que á todos admiró, hizola mil cumplidos y la condujo al cuarto de su madre. La Marquesa, pues no era otra, dijo á los padres. —Teneis en vuestra casa un tesoro escondido, y si lo dejárais sepultado en la oscuridad, seriais culpables ante Dios y el mundo... A este tenor fué la tal señora ensartando frases muy galanas, segun me dijeron despues, y, por último, se ofreció á costear la educacion de su hija en un colegio de la capital. Dicho esto, salió, dejando á la familia llena de asombro y sin saber qué resolucion tomar, excepto la madre, que habia tomado la suya desde luego, y solo por ceremonia quiso llamar al señor Cura para consultarle y pedirle consejo. El buen señor acababa de llegar cuando yo entré á oír la sentencia de mi muerte.

Quise hablar, y no me dejaron. Elena lloraba y no queria partir: María y su padre sentian la separacion, y por ellos se hubiera quedado; pero el orgullo de la madre pudo mas que el cariño de todos, y apenas se hacia una indicacion en contra del proyecto, saltaba diciendo: Es la voluntad de Dios y debe cumplirse. Así lo ha dicho la Marquesa. El señor Cura no chistaba; quise atraerle á mi partido, y parecióme que podia contar con su apoyo; pero como la madre no cesaba de repetir, es la voluntad de Dios, el Cura hizo un gesto de resignacion, y dijo: —«Si es la voluntad de Dios debe cumplirse.»

La voluntad de Dios, ó mejor dicho, la voluntad de Mad. Vaillant se cumplió á los tres ó cuatro dias, y Elena partió... Al llegar aquí, el narrador hizo una pausa, y con voz mal segura, continuó diciendo:

—La víspera de su marcha nos encontramos Elena y yo á solas en el jardin... Yo la dije balbuceando: —¿Con qué vais á dejarnos, señorita?

Al oír aquello, Elena rompió á llorar diciendo: —¿También tú me quieres destrozar el corazon? Y al decir esto se dejó caer en mis brazos; yo la llevé á un banco de césped, y allí, sentados el uno junto al otro, nos juramos un amor eterno. Elena me dió en prenda de su fidelidad una sortija de oro que la habia regalado la Marquesa. Yo la dije: nada te puedo dar, porque nada tengo. Ni aun mi corazon y mi vida, porque ambos te pertenecen.

Al otro dia nos separamos. ¡Ay de mí! ¡Yo no habia de volver á verla! ¿Por qué, señor, no es ella la que ha vuelto? Es otra. ¡Desgraciado de mí! No es la Elena que ví partir. La que vais á conocer no ha conservado de aquella mas que mi amor. El suyo ha desaparecido, ha muerto, y con él mi felicidad.

Enjugóse los ojos de nuevo, tosió dos ó tres veces, como si tuviera una espina en la garganta, y luego dijo:

—Su ausencia duró tres años. En ellos procuré hacerme digno de la que amaba. No queria de ningun modo tener á su vuelta que avergonzarme y avergonzarla de mi rústica ignorancia. Despues de cumplir mis obligaciones y dar el pienso á la Corza, íbame á casa del maestro de baile, que se ofreció á darme lecciones de leer y escribir; despues volvíame á mi cuarto, y allí repasaba mil y mil veces la leccion, de manera que lei de corrido al poco tiempo, y enton-

ces me apoderé de los libros que habia dejado Elena, y me pasaba las noches leyendo: tanto leía que no sé cómo no me volví loco. Yo no dormía, perdí el apetito, todo mi dinero lo gastaba en libros. Una vez compré la banasta de un revendedor, en ella encontré mas de cien almanaques de Lieja, todos atrasados, y todos los leí: lo que yo he leído es cosa que no se puede imaginar. Si no soy un sábio debe consistir en que soy un imbécil.

—Pero al fin, dije yo, Elena ¿qué hizo? Supongo que os daría noticias suyas.

—Sí, señor, al principio escribía muy á menudo á su madre. Como yo era el que iba todos los días á la villa, era el que recogía las cartas en la estafeta. ¡Ay, qué cartas, Dios mio! Yo las colocaba en mi seno, encimita del corazón, y venia mas ligero que un pájaro cantando por el camino; de cuando en cuando sacaba de mi pecho la carta, besábala y escondía de nuevo mi tesoro, deseando por momentos llegar á casa y saber lo que la carta decía. La madre nos las leía en alta voz, y todos la escuchábamos con la boca abierta y llorando de alegría... ¿Creeréis que una vez, en el día de su madre la envié unos versos que habia sacado de su cabeza? ¡Qué versos, Dios mio! ¡Qué versos! Cada copla estaba rodeada de una guirnalda de rosas dibujadas por su mano. ¡Yo estaba tonto de ver aquello! Sus padres no sé como no reventaron de gozo. ¡Versos! ¡dibujos! Todos los talentos reunidos. Mr. Zephirin, que entiende mucho de todo, exclamó al oír los versos:—¡Esto es magnífico! Pondré la letra en música y la mandaré á París á fin de que la impriman con el retrato de su autora encima de la portada. Esta salida entusiasmó á Mad. Vaillant, y dióle al maestro de baile un abrazo tan apretado que por poco le ahoga.

¡Yo sí que me ahogaba! y no sé si era de pena ó de gozo: me faltaba la respiracion y salí á tomar el aire; sentéme pensativo en el banco de césped. Miré dos ó tres veces á la sortija que me habia dado Elena, y sin saber por qué, rompí á llorar.

Al otro día me dije: Silvano, tú no has de ser menos que tu prometida. Ella sabe hacer versos, aprende y hazlos tú tambien, y en efecto, puse manos á la obra. Sangre y agua sudé para encontrar lo que Mr. Zephirin llamaba rima, pero á fuerza de buscar la rima y los consonantes compuse por fin unos versos que voy á recitaros, porque me alegraría de saber qué tal os parecen.

—Bueno, bueno, ya me los recitareis otro día; por ahora prefiero saber qué tal le parecisteis á Elena cuando volvió.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.



LA FLOR DE MI CARÍO.

A F.

Ella, la blanca paloma
Que al vergel resplandeciente
Por vez primera se asoma;
El virgen y tibio aroma
Que exhala la flor naciente.

La nube que en fácil brío
Cruzó el espacio indecisa;
La lágrima del rocío,
El eco vago del río
Que fué muriendo en la brisa.

El iris roto en la espuma;
El sol que naciente veo
Borrando del mar la bruma;
El ave de blanca pluma
Que vió volar el deseo.

La tímida hermosa estrella
Que lloraba con las flores;
Una mujer, solo aquella
Fué mi delirio... y fué ella
El ángel de mis amores.

Yo mis penas le contaba
Y con mis penas sufría,
Y tambien ella lloraba,
Y yo sus ayes contaba
Y sus lágrimas bebía.

De la luna al resplandor
Al ver nuestro dulce anhelo
Nos contemplaba el Señor;
Pues siempre el primer amor
Tiende sus alas al cielo.

Yo con dulces embelesos
En las estrellas veía
Sus castos ojos impresos,
Y el céfiro me traía
Sus lágrimas y sus besos.

El céfiro me los daba,
Y volando en nuevos giros,
El céfiro se alejaba;
Que tambien ella esperaba
Mis besos y mis suspiros.

Mas ¡ay! de la suerte en pos
Con las lágrimas del niño,
Nos separamos los dos;
Pero aun acaricia Dios
La flor de nuestro cariño.

Aun no han muerto las visiones
De aquellos mundos risueños;
Y allá en nuestros corazones
Aun duermen las ilusiones,
Y son dorados los sueños.

Aun resbala el aire blando
Sus lágrimas recogiendo
Y mis suspiros llevando;
Siempre los dos esperando,
Y siempre los dos muriendo.

Ilusiones placenteras
Que aun viven con dulce calma
Como en las horas primeras ;
Que no hay olvido en el alma
Si el alma quiere de veras.

Si ; de esperanzas en pos ,
Quizá cuando yo era niño ,
Nos separamos los dos ;
Pero aun acaricia Dios
La flor de nuestro cariño.

A. F. GRILO.

TEATROS.

Diversificar los caracteres ; plegarse á las extrañas situaciones que la imaginacion acalorada del poeta puede crear ; regir y subyugar al antojo la voz , los movimientos , hasta la pasion , acomodándolos con verosimilitud al hecho á que se ha de dar vida ; tales son las principales dificultades que debe superar el actor para alcanzar con justicia los aplausos del triunfo.

El Sr. Rossi ha probado con las varias obras hasta ahora ejecutadas que sobresale en las facultades requeridas para vencer semejantes obstáculos en la escena. No constituyen éstas solamente el conjunto de las que necesita un buen artista para acercarse á la perfeccion , pero son muy importantes en cuanto á los resultados que proporcionan. De ellas saca partido el actor de que tratamos , aunque no siempre como debiera ; pero cuando lo intenta consigue identificarse con el personaje haciendo olvidar al público el que , tal vez diametralmente opuesto , ha figurado la noche anterior. Así se observó en las últimas representaciones. Veamos cuáles han sido estas.

Decíamos en el artículo precedente que se había ejecutado una comedia italiana , original de Aquiles Montiguani , denominada *Un vicio de educacion*. Hoy debemos rectificar en parte la noticia , esto es , en cuanto á calificarla de original , puesto que á ser cierta la aseveracion que hemos leído en un periódico (de la cual no podemos dudar) la obra en cuestion está tomada de una novela de Ernesto Capendu titulada *Marta de Kerven* , novela que no conocemos.

Semejante circunstancia aminora el buen concepto que nos había inspirado dicha produccion , en lo relativo al mérito é inteligencia escénica de su autor. Por otra parte la obra es muy apreciable , y aunque en los primeros actos es lánguida y en cierto modo difusa , en el cuarto tiene escenas de elevado interés , de efecto dramático y de conocimiento del corazon.

Un vicio de educacion fué ejecutada con mucho acierto por la compañía , echándose de ver en toda la obra el impulso de una esmerada é inteligente direccion. Á su vez el Sr. Rossi lució completamente en ella la suma flexibilidad de su talento , dando un colorido adecuado al difícil desarrollo del carácter que desempeñaba , y produciéndose en situaciones determinadas con verdadera energía moral.

Esta comedia fué motivo de aplauso para varios actores y actrices , si mal no recordamos los Sres. Salvatore Rosa y Brizzi y las señoras Pompili-Trivelli y Saggiari , mas principalmente para el Sr. Rossi que en el acto cuarto rayó á superior altura.

Sullivan debía ser ocasion de controversia y divergen-

cia de opiniones cuando llegase á representarlo el distinguido actor italiano , porque no era posible evitar las comparaciones en nuestro público , acostumbrado como lo está á ver ejecutado dicho drama de un modo realmente inspirado.

Así pensábamos de antemano y así ha sucedido en efecto.

Desde la mas alta perfeccion hasta el más lastimoso error se ha atribuido en las conversaciones privadas á la manera con que el Sr. Rossi ha desempeñado su papel de protagonista. Elogios encomiásticos y severas censuras , hé aquí la síntesis de cierta parte del público.

Nosotros , sin meternos á hacer comparaciones innecesarias , y para nadie ventajosas ; sin desconocer el mérito de otros actores cuya ejecucion puede ser eminente en la pintura de *Sullivan* , diremos franca y lealmente nuestra opinion acerca del Sr. Rossi en este papel : nos gusta , pero no nos satisface. Un poco de falta de sentimiento varonil y enérgico , sobre todo en las escenas del segundo acto hubiera realzado extraordinariamente su ejecucion , sin que por esta sensible falta haya dejado de ser apreciable.

Los demás actores llenaron bien sus puestos , aunque sin hacer nada que sobresaliese : el cuadro resultó armoniosamente compuesto , sin rasgos atrevidos ó efectos notables de claro oscuro. Lo que mereció censura fué la anarquía de los trajes , de todas épocas y sin carácter alguno.

Un drama de la escuela novísima francesa , drama que , traducido al castellano , no gustó en el Circo hace unos tres años , ha sido la obra nueva puesta en escena últimamente por el Sr. Rossi y la compañía que dirige. El resultado le ha valido un triunfo de la escasa concurrencia que se hallaba presente.

Montjoie , que así se titula la indicada produccion , es una obra de Octavio Feuillet ; con lo cual revelamos á nuestras entendidas lectoras la escuela *realista* á que pertenece ; las situaciones tirantes en que abunda , el estilo seductor que la hermosea. No vamos á juzgar detenidamente el drama : solo diremos que moralmente es muy censurable , y que teatral y literariamente es de primera fuerza , á pesar de tener visibles defectos.

Pues bien , *Montjoie* , que es el protagonista , ha proporcionado con los vigorosos rasgos de su lamentable carácter escéptico y egoísta una grande ocasion al lucimiento del actor. Aquel hombre lijero , incrédulo , frio , audaz ; aquella palabra de acero que hiere en situaciones dadas el alma del espectador , han encontrado esta vez un intérprete excelente en el Sr. Rossi. El público se hallaba dominado bajo el

peso de una sensacion penosa ante aquellas escenas crueles y aquella ejecucion superior: solo los aplausos interrumpian de vez en cuando el silencio significativo que reinaba en el teatro.

En *Montjoie* han trabajado los actores de la compañía del Sr. Rossi con laudable celo y acierto notable. Caracteres diversos, entonacion vigorosa, cuadros animados, se han reunido en esta ocasion, formando un conjunto nada

comun. Para casi todos los que tomaron parte, hubo oportunamente los merecidos aplausos.

En suma: *Montjoie* es una gran concepcion dramática, tan difícil de aceptar bajo el punto de vista moral, como de representar atinadamente, la cual ha sido causa de una victoria para el talento del Sr. Rossi, y de aplausos legítimos para la mayor parte de las actrices y actores que en su desempeño intervinieron.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Figurin de peinados.

Peinados de sociedad.

NUMS. 1 y 2. *Peinado*, compuesto de dobles bandós, trenza detrás de la oreja y en la castaña.

Ábrese para este peinado raya en el centro y otra transversal, separando el pelo de cada rizo en tres partes: con la primera y segunda, mas altas, se forman dos bandós caídos hácia la frente, y la tercera se levanta á cubrir un pequeño añadido, haciendo con los dos una gruesa trenza que vá por detrás de la oreja á terminar en el tronco del pelo, que se habrá atado alto de antemano; ahora, si el cabello de la señora lo permite, se abre en dos partes el del tronco, haciendo una coca larga con cada una, y colocando en el centro una gran trenza postiza: si no lo permite, se pone postiza toda la moña, completando el peinado algunos bucles sueltos en horquillas á los lados de la castaña, y sembrado de flores, como muestra el grabado.

NUM. 3. *Peinado* de rulós á la cara, moña de cocas y cordon retorcido alrededor.

Se ejecuta este peinado abriendo raya en el centro y otra atravesada á 10 centímetros de la frente: sepárase el pelo de cada rizo en cuatro partes, y con las dos superiores se hacen dos bandós caídos hácia el rostro, sostenidos con crepé, y con las otras dos, dos cocas levantadas y rellenas igualmente de crepé. Moña formada por cocas, y retorcido postizo alrededor de ella, que se apoya por un lado en los bandós y por otro en la castaña, completan el peinado, que adornan flores sueltas entre las cocas.

NUMS. 4 y 5. *Peinado* de bandós dobles, moña de cocas, y grupo suelto de sortijillas.

Se abre la raya para este peinado como para el anterior, separando el pelo de los rizos en tres partes: con las dos mas altas se hacen bandós caídos hácia la frente, y la tercera se levanta vuelta hácia arriba: un grupo de sortijillas ocupa el espacio que media entre los bandós, completando el peinado moña formada por diferentes cocas, sostenidas con crepé y colocadas de modo de redondear la cabeza. Rama de grosella, colocada detrás de los bandós, descendiendo por la izquierda, le sirve de adorno.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NUM. 1. *Cuadros* para bordar en cachemir de color, con seda negra, al *pasado* y sembrado de cuentas, para adornar faldas interiores, alternando uno de cada color, ó para formar con ellos almohadones, colchas, tapetes, etc.

NUM. 2. *Cuello* de holanda, con jareton y aplicaciones de muselina, bordada á *plumetis*.

NUM. 3. *Puño* correspondiente.

NUM. 4. *Cenefa*, bordada á punto *ruso* con seda de color, para falda.

NUM. 5. *Idem*, miniatura para pecheras, bordada al *minuto*.

NUM. 6. *Camiseta*, bordada en muselina á punto *Méjico*, para niña.

NUM. 7. *Pañuelo*, bordado á feston, con aplicaciones de valenciennes ó Cluny entre los festones, y terminado por un jareton.

NUM. 8. *Idem*, bordado á *plumetis* y punto *ruso*, con corona de Vizconde en todos los medallones.

NUM. 9. *Abecedario*, bordado al *pasado* y punto de armas.

NUM. 10. *Escudo*, bordado á *plumetis*.

NUM. 11. *Cifra*, para juegos de cama, al *pasado*.

NUM. 12. *Otras idem*, de dos tamaños, para mantele-rías, *idem*.

NUMS. 13 y 14. *Cifras*, para el mismo efecto, é igual bordado.

NUM. 15. *Cifra*, bordada al *minuto* y punto *ruso*.

NUM. 16. *Otra idem*, á *cordoncillo*, punto *Méjico*.

NUMS. 17 y 18. *Cifras*, bordadas al *pasado*.

NUMS. 19 y 20. *Juego de cifra* pequeña y grande, bordada á feston con aplicaciones para ropa de cama rica. Puede, con la esquina núm. 7, formar cualquiera de ellas anti-macasares, para sillones.

El patron que va á la espalda es de *cuerpo-peplum* de cuatro picos. Este es de los modelos mas aceptables de *peplum*, por ser mas severo y distinguido que los de dos puntas en los costados: sin embargo, si se prefiere de esta forma, se obtendrá recortándole en onda la punta de adelante y de atrás. Las piezas lleva cada una su nombre, y su empalme es el de cualquier cuerpo ó paletot.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.